

III.

URUAPAN.

Daban olor sabeis las flores bienolientes,
Manaban cada canto aguas claras corrientes.

BERCEO.

Como una vírgen sencilla
entre flores reclinada,
Uruapan está sentada
del Cupatitzio á la orilla.

Tan hermosa es su pradera,
tan bellos sus campos son,
que la ha hecho su habitacion
perpetua, la Primavera.

Cuando Invierno se ha estendido
por toda la tierra, ella
se viene á Uruapan la bella
como un pájaro á su nido.

Hace la morada suya
bajo el tupido ramaje

S—SOTRNUO

y al ruido del oleaje
del Cupatitzio se arrulla.

Va por sus márgenes bellas
sonriéndose y jugando;
va hermosas flores regando
que vierten perfume en ellas.

La brisa por adularla
murmura en su derredor;
se inclina ella, y á una flor
la besa por perfumarla.

Mil zefirillos alados
levantan su níveo velo,
y cuando siguen su vuelo
vienen de aromas cargados.

Feliz mansion! Porque bellas
fragancias, brisas y flores
agradan á los amores
para rodearse de ellas.

Feliz mansion! La natura
para poderla así hacer
gasta todo su poder,
muestra toda su hermosura.

Los naranjos á millares
brillantes la vista halagan
y con perfumes embriagan
sus cándidos azahares.

Los esbeltos limoneros
 como en bandadas se miran
 y entre las flores se admiran
 lucir sus frutos primeros.

El cafetal muestra airoso
 sus bellas flores de plata
 y sus frutas de escarlata
 entre hojas de un verde hermoso.

Por eso en los cafetales
 hojas, flores, fruto viendo,
 parece que están luciendo
 los colores nacionales.

Junto á sus frutos de gualda
 muestra el plátano, brillantes
 sus hojas, como gigantes
 abanicos de esmeralda.

El chirimoyo aun florece
 y sus frutas ya están blandas,
 y á su lado las tzirandas
 al menor soplo se mecen.

Allí el cacao fecundo,
 su tronco áspero y añoso
 cubre del fruto sabroso
 que enriquece al Nuevo Mundo.

A su lado la granada
 ostenta sus flores rojas,

ocultando entre sus hojas
 á su fruta coronada.

Mas lejos, do el suelo abona
 arroyo que oculto queda,
 la granadita se enreda
 ó se madura la anona.

Allí la fresa se estiende,
 de un fruto rojo subido,
 que aunque entre hojas escondido,
 por su perfume se vende.

Tambien venden á distancia
 al chirimoyo sus rosas,
 blancas, pequeñas, graciosas,
 que embriagan con su fragancia.

Las flores á su albedrío,
 sin que su estación esperen,
 do quier brotan; mas prefieren
 ambos márgenes del rio.

Oh! sin duda que Dios quiso
 tal presente al hombre ingrato
 dejarle, como retrato
 del perdido paraíso.

Sin duda quiso tambien
 que los mortales supieran
 cuán gratas y dulces eran
 las delicias del Eden.

Tambien mostrar ha querido
 cuanto Eva y Adan sufrieron
 cuando perdido lo vieron,
 á los que lo hemos perdido.

¡Oh Uruapan! ¡Cuánto gocé!
 feliz me hubiera llamado
 si me hubiera visto al lado
 de quien yo muy bien me sé.

IV.

A OTRO DIA.

En el patio del cuartel
 animacion grande reina,
 algunos soldados salen,
 algunas mujeres entran,
 trayendo á un chico cargado
 y en el brazo alguna cesta.
 Allá un grupo de soldados
 en varias cosas se emplean;
 unos, limpian los fusiles,
 los otros, las cartucheras;
 quien acaricia á su perro,
 quien el tahalí blanquea.
 Los unos, al modo turco
 están sentados en tierra,
 otros, de pié están comiendo,
 otros fumando pasean.
 A un tiempo hablan, cantan, rien,
 á un chico riñe una vieja.
 Otros chicos tambien riñen,
 otros lloran y otros juegan.
 ¡Qué confusion, qué algazara!

¡No creeria quien los viera
que así sufren las fatigas
y así devoran las penas!

En un largo pasadizo
que está inmediato á la puerta
está la guardia en servicio
de catorce hombres compuesta,
de un sargento y de dos cabos,
un capitan, un corneta
y ademas dos subalternos.
Mesurado el centinela
á pasos cortos, de un lado
para el otro se pasea,
y otro está para las armas
que los de la guardia emplean.
Las de los cabos se hallan
aparte, un poco á la izquierda,
y aparte la del sargento,
pero se halla á la derecha.
Tres soldados, que se llaman
de imaginaria, se encuentran
sentados, y con las armas
entre las rodillas puestas.

El cabo que está de cuarto
es Luis Olivan. Morena,
la tez, brillantes los ojos,
quebrada la cabellera;

En las mejillas la barba
se deja notar apenas,
pero bastante poblada
sobre los lábios la lleva.

Sentado al dintel estaba
de la sala de banderas,
con los ojos siempre fijos
en una lejana puerta,
Por la cual despues salieron
una jóven y una vieja.
La segunda era Damiana,
era Lina la primera,
que llorosa y suspirando
á hablar de este modo empiezan.

LINA.

En vano me hablas, en vano,
Ay! no puedo tener calma;
mira cual tiembla mi mano.....
mi dolor es sobrehumano,
porque le amo con el alma.
¿Cómo huir del capitan?
El es capitan al cabo
y me sigue con afan.....
¿Mis ruegos le vencerán?
Ay! si Luis tan solo es cabo!
Los hombres lo arrostran todo
por sus pasiones, Damiana,

y ven de un distinto modo.....
 Se revuelcan en el lodo
 el alma llevando ufana.
 Nada hay sagrado en su afán
 por gozar de sus placeres.....
 ¿Qué acaso no sentirán?
 ¿Qué los hombres no amarán
 como amamos las mujeres?

OLIVAN [*acercándose*].

Mi Lina.

LINA.

Luis adorado!

OLIVAN.

Sufrí penas matadoras.
 Qué bien estoy á tu lado!
 ¡Cómo no, cuando he pasado
 sin mirarte diez y ocho horas!

LINA.

Oliván!

OLIVAN.

Lina querida
 al fin estoy á tu lado,
 mas siempre desesperado.

LINA.

Cálmate.

OLIVAN.

Si hasta he llorado

primera vez en mi vida.

Ya el tiempo bueno pasó.

LINA.

Hallaremos un remedio,
 no te desanimes, no.

OLIVAN.

Cuál es? Vamos, busca un medio,
 tú que piensas mas que yo.

LINA.

Me quieres?

OLIVAN.

Puedes dudarlo?

LINA.

No, mas las pobres mujeres
 queremos siempre escucharlo.
 Un medio, por qué buscarlo?
 ¿Para qué, cuando me quieres?
 Luis, á mí basta amar,
 y amándote, hallaré el modo
 de algun desastre evitar.
 Oh! ¿cómo puedes dudar,
 si el amor lo puede todo?
 El amor nos salvará,
 mi confianza respeta,
 el porvenir cambiará,
 creelo, Luis.

OLIVAN.

Ojalá!

LINA.

Sí, el cariño es un profeta.
Lucharé por no perderte,
desafiaré sus arrojios,
y venceré, seré fuerte.

OLIVAN.

Si tus armas son tus ojos
y te pierden sin valerte!
Y sufre mi pecho tanto
viéndote llorar, mi amada.....
me martiriza ese llanto.

Ay, es horrible el quebranto
de una persona adorada.
Siendo hombre, me da sonrojos
no poderte dar consuelo.
¡Cuánto siento tus enojos!
¡Cómo no, cuando en tus ojos
se ha escondido todo el cielo?
Pero te creo, mi afan
cesa.

LINA.

Esperemos los dos,
dias mejores vendrán
despues.

OLIVAN.

¡Pero el capitan,

Lina?

LINA.

Pero, Luis? y Dios?

OLIVAN.

Lina, yo que no creía
en esperanza me inflamo.

LINA.

Malo extrañar lo sería
si cada palabra mia,
diciendo está que te amo.

El toque de la corneta
se escuchó en ese momento
que tocaba lista; al punto
marchan los soldados prestos
á las escuadras, entrando
los oficiales tras ellos.
Mayor confusion que nunca
reino en aquellos momentos;
pero paró despues, todo
quedó en un órden completo.
Se formó para la lista
por compañías, el cuerpo;
se formó tambien la guardia
en frente de su sargento
y uno á uno fueron todos
por su nombre respondiendos.
Acabó apenas la lista

se tocó parte; al momento
 “No hay novedad,” fué este el parte
 de los sargentos primeros
 á los subtenientes, quienes
 á los tenientes lo dieron,
 y estos á los capitanes
 y al Mayor del cuerpo estos.

Era el Mayor de treinta años,
 delgado y bajo de cuerpo,
 elegante en sus maneras
 y en el servicio severo
 y “exacto como Guzman”
 se habia hecho un proverbio.
 Recibió el parte, y hablando
 al ayudante del cuerpo
 —Llamada de honor, le dijo:
 la tocó el cornata luego
 y los oficiales todos
 al escucharla, acudieron
 al rededor del Mayor.
 Con órden y con silencio
 se colocaron. Ayala
 llevaba el brazo derecho
 vendado, y el dolman, solo
 en el otro brazo puesto.
 Guzman se puso de pié
 y les habló en estos términos.

GUZMAN.

En nombre del general,
 para ejemplo y que otra vez
 no se repita lo mismo
 que aquí ha sucedido ayer,
 arreglado á la pragmática,
 fecha el dia diez y seis
 de Enero (que en nuestras leyes
 ahora vigente es,)
 dada en el año de mil
 setecientos diez y seis;
 y ademas, segun dispone
 la Ordenanza, nuestra ley,
 conforme al tratado octavo
 que está en el título diez,
 en el cual bajo el artículo
 cuarenta y nueve, se lee
 que el oficial que en campaña,
 en las plazas ó en cuartel
 á otro oficial, con espada
 ú otra arma desafié
 se le prive del empleo,
 Mando, y os lo hago saber,
 que quede dado de baja
 el capitán don José
 Ayala. —Ayudante, en la órden.
 que al punto se haga saber.